

## **CONTENIDO**

### **CAPÍTULO 15**

#### **INDICE GENERAL**

#### **CAPÍTULO 14**

#### **CONFERENCIA DEL 22 DE JULIO DE 1909**

- |    |                                     |     |
|----|-------------------------------------|-----|
| 1. | Discurso del Dr. Horacio P. Areco   | 417 |
| 2. | Discurso del Dr. P. Alonso O'Roarke | 424 |
| 3. | Discurso del Dr. Carlos A. Estrada  | 431 |

#### **CAPÍTULO 16**

## CAPÍTULO XV

---

# CONFERENCIA POLÍTICA

EN EL SAN MARTÍN

EL DÍA 22 DE JULIO DE 1909, DADA POR EL COMITÉ  
DE LA JUVENTUD ROQUE SÁENZ PEÑA

---

DISCURSO DEL DOCTOR HORACIO P. ARECO

Señores:

El comité “Juventud Roque Sáenz Peña”, — que tengo el alto honor de presidir, — resolvió celebrar esta conferencia pública, no con el designio — como podría creerse — de presentar al candidato esmaltado con las más hermosas prendas, con que la admiración amistosa engalana á sus elegidos; sino con el propósito de hacer vibrar las cuerdas del civismo al diapason de una elocuencia elevada, patriótica y sincera, sin los espejos de la oratoria ficticia, — y poblar el

á fin de que mañana la acción se despliegue espontánea, arrogante y triunfadora.

Hay — señores — confesémoslo — un gran programa político que desenvolver: acercar de nuevo el pueblo al gobierno del Estado, familiarizarlo con los hombres dirigentes, para que conozca sus ideales, sus desvelos, sus ambiciones; para que sepa quiénes lo guían y hacia donde lo llevan. La acción del pueblo en la marcha del gobierno ha de ser continua y regular, reflejada en todos los instantes; evitándose así los movimientos, las crisis nerviosas, los espasmos de dolor y de violencia, consecuencias irreparables y fatales de su aislamiento y de la indescifrabilidad de la política gubernativa.

\* \* \*

Nada de abstenciones que no corrijan vicios y que sólo enervan, achatan y deprimen. Tened presente, antes de abdicar cualquier derecho, que la muerte misma no es más que un proceso indefinido de renunciaciones.

Enajenar opiniones, criterios, pareceres y entusiasmos, es subastar por partes la personalidad y la vida. Que el pabellón de cada individualidad flamee en los comicios con sus insignias propias.

La juventud de los países embrionarios tiene deberes políticos irrenunciables, y su quietismo prolongado resultaría sintomático para formular un pronóstico pesimista. Es necesario ser inquieto á cierta edad. La quietud, estado natural y lógico en los viejos y en los jóvenes es manifestación enfermiza. La vida es lucha, movimiento incesante. Quedarse inerte en la plenitud de los años es entregar las armas antes de combatir, marchitarse antes de florecer.

La acción levanta, vivifica y ennoblece; la inercia, en cambio, permitiendo al espíritu replegarse sobre sí mismo y envolverse en sus propias alas, intoxica, devora y abrasa.

Fomentemos las energías, abriéndoles las válvulas y facilitando su escape al exterior. Que no queden, por Dios, adentro, luchando consigo mismas hasta reducirse á cenizas.

\* \* \*

Somos un país de inteligentes, se ha dicho; pero comenzamos á ser un país de escépticos, tristes y decepcionados.

La crítica nos encanta, nos seduce y nos embarga las fuerzas. Como no hay más que un fondo de energías, éstas se gastan en deshacer la obra ajena y muchas veces no quedan para construir la obra propia.

Nos cuesta movernos y acaba por mortificarnos el

movimiento de los otros. No hemos empezado á andar y ya estamos enmohecidos. Vivimos en la ilusión de haberlo visto todo y, en realidad, recién abrimos los ojos.

Nada nos atrae ni nos interesa fuera de las imperfecciones del prójimo. El espectáculo del mundo nos deja indiferentes; sólo lo grotesco, lo estrafalario, lo enorme, rasga ligeramente la epidermis, produciendo una ligera escoriación; todo lo demás resbala como sobre una tabla enjabonada. Se elige un diputado; debe ser un representante del pueblo: la opinión se agita en una capa social, se comenta el hecho; el pueblo sin embargo está ausente, ha renunciado á sus fueros y ni siquiera contempla, desde su destierro, el gesto audaz de los usurpadores.

No nos contentemos con cultivar hermosamente la inteligencia, olvidando que en la personalidad hay algo más digno de cuidado y de cultivo: el carácter. Formar hombres de una sola pieza y de un solo color es más provechoso que formar proteos con talento. Las ideas y pensamientos flotantes suelen rematarse al mejor postor; el carácter, por definición, está fuera del comercio.

Para evitar decaimientos progresivos y usurpaciones dolorosas, sacudamos el marasmo, convirtamos en fuerza la opinión pública y avivemos hasta que prenda en fulgentes llamaradas el entusiasmo patriótico.

Ahora dos palabras sobre el candidato, que es nuestra bandera. Si exagero el elogio ó aumento el claror de su figura, culpád la admiración, pero no ofendáis mi sinceridad con una duda.

No he de hacer su biografía ni analizaré tampoco su producción frondosa; sólo quiero señalar algunas aristas del poliedro; que ha de bastar un solo rasgo saliente para medir el valor de su personalidad.

Es Roque Sáenz Peña un espíritu caballeresco de quinta esencia, servido por una mentalidad de pensador.

La nobleza de su carácter resulta anacrónica en sus exageraciones medioevales:— Pasa muchos años al lado de un gran patricio—Pellegrini—á quien lo une la amistad timbrada por el afecto y la admiración recíproca —y mientras vive el amigo querido, esfuma su persona, como cuidando de no sombrear los contornos de la colosal silueta del caudillo.

Escuchad la palabra autorizada y cariñosa de Miguel Cané: “Desde los tiempos en que estudiantes uníamos nuestros sueños, nuestras alegrías y locuras, hasta esta hora, próximos ambos á emprender á prisa el descenso de la vida, ni nuestro corazón ni nuestro espíritu, ni nuestras manos, han dejado de estrecharse cada día con más fuerza. Creo, pues, conocer á ese hombre, tanto como es posible penetrar en el abismo de una naturaleza humana distinta de la propia. Es ese convencimiento el que me permite afirmar que

jamás ví cruzar un mal pensamiento por ese espíritu sereno y elevado, ni percibí los rastros de un sentimiento mezquino en esa alma transparente como el cristal, pronta siempre á vibrar, cuando una onda de simpatía la pone en contacto con una aspiración noble y generosa ”.

Esta es la faz sentimental del caballero. Pero os dije que se complicaba con la robusta mentalidad del pensador. Será suficiente señalar algunos puntos del itinerario de su vida.

Profesional de alto vuelo, con algo de corte antiguo, su romanticismo le permite encontrar encantos en la enfadante prosa del expediente. Los plazos en derecho son breves, perentorios y fatales; es fuerza trabajar noche y día para cumplir con puntualidad y con altura. Encorvado sobre la mesa de estudio está Roque Sáenz Peña: la mano traza nerviosamente sobre el papel las curvas vertiginosas de la reflexión, hasta que la lámpara exangüe agoniza en titilaciones crepusculares. Extinguida la luz, hay que abandonar la pluma; pero luego, en la absoluta obscuridad de la sala, obsérvanse á instantes penachos luminosos que brotan del papel: el manuscrito se ha electrizado por influencia.

Al día siguiente tiene lugar el informe en la Suprema Corte de Justicia. Durante el desfile de argumentos por orden de progresiva importancia, intensidad y fuerza, óyense en el recinto ruidos extraños: pri-

mero, como un vago rumor de selva azotada por el viento; luego un bramar de olas que se despedazan entre rocas y, por último, el estampido colosal del trueno. Entonces vése, como desde una cantera oculta en la montaña, enormes y macizas moles de granito.

Los jueces quedan atónitos y anonadado el adversario. Y como si no bastase esta descarga fulmínea, enardecida la dialéctica, anuda y desata los argumentos, plantea mil objeciones que refuta, y cuando nada queda por arrasar de las posiciones enemigas, recién pronuncia la frase sacramental: Será justicia.

Así el abogado. Observemos ahora el estadista: En el Congreso de Montevideo informa sobre Derecho Penal Internacional, y su discurso pronunciado en dos sesiones es un tratado. Plantea los conflictos imaginables, acumula antecedentes doctrinarios y de jurisprudencia nacional y extranjera, expone las teorías en auge, y con severa brevedad de esparciata, las comenta, critica ó anula. Después de este trabajo preparatorio, viene la opinión propia, serena, meditada, conciliadora. Tiene casi siempre por medio la opinión unánime, y es mejor así para sus adversarios, porque más temibles que las cargas del argumentador suelen ser las dentelladas del polemista.

En el Congreso Pan-Americano de Wáshington libra la más hermosa justa intelectual: Su informe es replicado por dos estadistas yankees, Flint y Henderson, que no pudiendo abrir brecha en la maciza ar-

gumentación, recurren á procedimientos habilidosos: dislocan las partes del discurso, tergiversan las ideas, adulteran sus opiniones; pero Sáenz Peña está presente, su ojo avizor ha descubierto la prestidigitación de los contrarios y llegado el momento denuncia valientemente las trampas, con altura recoge el agravio, lo despersonaliza y lo devuelve.

Tal se ha revelado el estadista.

¿Para qué seguirlo en toda su carrera, si el diagnóstico está hecho? Tiene alma de caballero, silueta de estadista, cerebro de pensador.

Tal es — señores — el hombre que proponemos al pueblo argentino para que rija sus destinos. Que él resuelva.

He dicho.

---

DISCURSO DEL DOCTOR P. ALONSO O'ROARKE

Señor Presidente:

Señores:

Vengo ante vosotros investido de una noble y elevada credencial, mandato hermoso que la Junta Ejecutiva de nuestro Comité ha tenido la gentileza de discernirme.

Expuesto en el génesis del breve exordio, el título habilitante, permitidme que exteriorice los anhelos y las ideas, los sentimientos todos de nuestra joven agrupación.

No tendrá el verbo indócil en manos inexpertas, las ricas tonalidades que acentúan la majestad del pensamiento, pero en el sincero entusiasmo que vuestra actitud inspira, encontraré sin duda la fórmula salvadora, la senda fructífera que conduce á la victoria.

Señores :

Inútil sería esbozar los rasgos biográficos del estadista eminente, cuyo alto prestigio posee la fuerza misteriosa de solidarizar afectos, conmover apatías, aunar voluntades, sacudir indiferentismos estériles; é inútil, porque públicos y notorios han seducido nuestras almas y han generado las más francas adhesiones.

Muy lejos de nosotros la pasión mezquina circumscripta siempre al espíritu de secta ó bandería, muy lejos de nosotros los odios, los rencores, los prejuicios deleznable. Nuestras páginas en blanco, tienen alburas de armiño, no reflejan el pasado, las llenará el porvenir.

Pero abandonamos, sí, el campo de las puras ideaciones; las luchas del civismo y los clásicos deberes que imponen el patriotismo, requieren ante todo el músculo que actúa, el triunfo de la acción.

No llegarán hasta nosotros del frío escepticismo que invade lentamente nuestro organismo social, las ráfagas glaciales; queremos excitar adormecidas energías, queremos demostrar que en medio de inmensas riquezas materiales se anula y se deprime el carácter nacional.

Vendrán, es cierto, los eternos Aristarcos, — casi siempre desertores del comicio, — y ante la magnitud de esta brillante manifestación, ante la absoluta independencia de sus jóvenes iniciadores, descubrirán alborozados afinidades palaciegas y hasta venalidades inconfesables.

Venid, censores, que creéis las virtudes de vuestro exclusivo patrimonio, venid y veréis confundidos en popular asamblea, al rico y al pobre, al aristócrata y al plebeyo, al ultramontano y al libre pensador, al plutócrata y al proletario, las clases todas de la sociedad argentina confundidas en democrático consorcio y guiadas sólo por una aspiración común.

Venid. Sólo pretendemos obrar por la persuasión y la polémica y para ello actuaremos en la calle y en la plaza, en el teatro y la tribuna, en la prensa y en el foro, convencidos que la sola emisión del voto es inocua, si la sugestión de la propaganda no se ejerce en escenarios más vastos y con más amplios horizontes.

Pero ante el marasmo y la desidia, sombrías características de la actualidad, dejad que el espíritu atraí-

do por la ruda elocuencia de la antítesis evoque aquellos días legendarios, de abnegaciones y sacrificios, de dolores y de lágrimas, cuando los campos desolados sin el aéreo reflejo de los trigales, sólo ostentaban la infinita grandeza de su eterna monotonía.

Días aquellos con claridades de aurora. En medio de azares y vaivenes, de cruentas luchas y titánicos esfuerzos, las virtudes ciudadanas y el patriotismo exaltado trazaban las primeras gloriosas efemérides, ese pórtico majestuoso que abre al orbe la historia de los anales patrios.

El tiempo, en su incesante rotación al infinito, nos coloca ya al borde de la fecha que conmemora el primer siglo de libertad.

Reaccionemos, pues, señores, para que la alborada del día ansiado, el mudo testigo de todas las vicisitudes de nuestra accidentada gestación política é institucional, al exhibir sus ígneos resplandores entre el saludo estruendoso de los cañones, el ruido ensordece que las ventajas de la ciencia, al cielo elevan seis ciencias y las artes, el desarrollo paulatino de todos los órdenes de la actividad humana, el perfeccionamiento gradual y constante de la industria, el aprovechamiento de las riquezas naturales, las cien y mil

mutaciones, no han modificado ni alterado las altiveces innatas de las razas, el gallardo denuedo de los abuelos y ogaño como antaño la gloriosa enseña que nos legaron antepasados ilustres, tremolará en el llano y en el monte, al tope de los mástiles y en las nevadas cordilleras, símbolo eterno de paz y de concordia, la justicia y el derecho.

Señores:

En vertiginosa carrera hacia los más altos destinos, nuestro país ofrece un campo vastísimo de experimentación y estudio, reformas institucionales y electorales, problemas económicos, legislación agraria y obrera, cuestiones internacionales en su doble faz pública y privada, graves cuestiones que la intelectualidad argentina resolverá con criterio propio, analizando, desentrañando en los accidentes complejos de nuestra propia vida y necesidades las normas directoras y rechazando exotismos que, panaceas en lejanas latitudes, no condicen con nuestras modalidades, ni se avienen con las genuinas idiosincrasias del carácter nacional.

Ante la magnitud de los problemas que el futuro nos depara, sintéticamente enunciados, la juventud que tengo el honor de representar, fuera de la órbita de todo personalismo, sin ambiciones ni bastardos intereses, bregará sin tregua por el triunfo definitivo de las aptitudes indiscutibles, por la supremacía del

talento y el carácter, contribuyendo desde su sitial modesto al mejor desenvolvimiento de los altos y permanentes intereses del país.

Dentro de ese orden de ideas y en su intuición juvenil, presiente el éxito de su consciente determinación.

Hay que combatir ese "patriotismo" que en tono festivo definió un pensador: "el último argumento de un bribón". Basta ya de hiperbólicas promesas y frases grandilocuentes: la lucha exige el concurso real del ciudadano, y si los gobiernos no encarnan siempre las aspiraciones populares hay que escudriñar las causas en la abstención y el egoísmo.

Si en el orden económico se han señalado las deplorables consecuencias del ausentismo, — la vida fastuosa y el derroche en el exterior, la indigencia y la miseria en el centro mismo de la mina inagotable, ¿ha de maravillarnos que en la vida política se observe análogo fenómeno y se resientan determinados resortes, allí donde el ciudadano honrado é instruído no dedica parte de su actividad á la práctica de sus deberes para con la Patria?

¿El escaso número de sufragantes en todas las elecciones y con relación á la población siempre creciente no es el exponente del fenómeno apuntado?

La grandiosidad de este movimiento, iniciado bajo brillantes auspicios, fuerte, poderoso, casi incontrastable, permítenos fundar halagüeñas esperanzas, au-

gurar días mejores, una nueva era caracterizada por la participación de todos y cada uno en la vida política activa, en el ejercicio del sufragio, base de los buenos gobiernos y la salud de los pueblos.

Por no abusar de vuestra benévola atención, sólo saldaré en parte la promesa que formulé al empezar mi discurso. Muchas y grandes son las aspiraciones de la juventud, pero el deseo de combatir el indiferentismo político y sus proyecciones inevitables, ocupa un lugar prominente; perdonad, pues, nuestra insistencia sobre punto tan principal.

Señores:

Quien pudo escalar las más altas posiciones en la guerra y en la paz, ser prócer en la refriega del combate y figura descollante en las lides parlamentarias; quien logró brillar en las filas del ejército, en congresos y conferencias y dejar impresa en caracteres indelebles una página conmovedora en la historia de las pendencias americanas; tiene títulos sobrados para llegar á la primera magistratura del país, rodeado del afecto, el cariño y el respeto de sus conciudadanos.

He dicho.

---

DISCURSO DEL DOCTOR CARLOS A. ESTRADA

Señor Presidente :

en este acto no me hubiera sido hecha por tan numerosa como selecta agrupación de jóvenes intelectuales, habría vacilado antes de aceptarla, pues he pasado largo tiempo en la inacción. Pero vuestro espontáneo ofrecimiento desvaneció mis dudas, animado por la seguridad de que al comunicarme con vosotros, iba á llegar hasta mí una ráfaga pura y luminosa de entusiasmo, única fuerza capaz de disipar el escepticismo y hacer reverdecen las esperanzas.

Sois la vanguardia de la actual generación, y como tal debéis ser activos, briosos y vigilantes. Aprended á ser disciplinados ahora para tener el derecho de implantar la disciplina más tarde. Respetad al adversario, y no atacéis á los hombres por sus ideas, sino cuando la perversión de éstas os autoricen á conjeturar la perversión de aquéllos. La tolerancia hija risueña de la cultura, es una de las mayores conquistas de la civilización. No confundáis la intransigencia con la intolerancia, pues si aquélla suele revelar un

carácter, ésta delata por lo general un estado incipiente de educación. Si compartís mis ideas, como espero, practicadlas desde ya, y no las olvidéis cuando el ardor de la lucha os lleve al terreno del apasionamiento. Y muy lejos de mí atemorizarme ante la pasión, pues ella es una fuerza y hasta una virtud necesaria cuando se amolda á la verdad y á la justicia. Pero no la aviéis con la diatriba y el insulto, ni en la tribuna, ni en la prensa; tanto valdría arrojar un puñado de pólvora en un carbón encendido. Ya se ha arrojado sobre la vuestra, al llamar candidatura oficial á la del doctor Roque Sáenz Peña, no obstante la evidencia de los hechos, los cuales constatan que pocas veces ha presenciado el país un movimiento de opinión tan espontáneo como unánime, pues han coincidido los partidos gubernistas con el pueblo. Registrad la historia y encontraréis un suceso semejante: la presidencia del general Mitre. Pero no os dejéis perturbar y tened calma.

Publicaciones recientes nos demuestran que la organización nacional fué devorada á causa de gárrulos tribunos, y audaces periodistas, y pasquineros charlatanes han puesto en manos de una turba fanática, pocos días ha, los cantos rodados con que se ha apedreado en Bolivia, nuestro escudo sin mancilla!... ¡Y no se ha oscurecido el sol en este hemisferio ante la afrenta inferida al sol de la libertad sudamericana! Quiero daros el ejemplo al rendir el homenaje á

nuestro adversario el doctor Guillermo Udaondo. El pertenece á la familia de los varones justos, en la cual debieran elegirse siempre los personajes consulares. Udaondo es una honradez y un carácter, y por lo tanto, es un patriota. Y así hablo, después de leer el manifiesto destinado á proclamar su candidatura á la presidencia en el que se intenta disminuir el nivel moral de la juventud incontaminada, y de los ciudadanos más distinguidos del país, y se repudia la política del acuerdo, cuyos frutos ópimos han saboreado durante diez y siete largos años sus firmantes de significación política más señalada. Y ahora con mayor motivo os digo que no le atacéis sin razón y sin decoro, porque estamos empeñados, precisamente, en una campaña reaccionaria contra la escuela, cuyo procedimiento usual y habilidoso ha sido manosear á los grandes ciudadanos para arrojarlos luego al vaciadero de las cosas inútiles.

¡Loda sea la Providencia que nos tenía reservados estos días de sereno resurgimiento! Así, en vez de llegar á nuestro gran Centenario por un camino de tinieblas, lo haremos por un sendero de luz, de luz esplendorosa. ¡Y cuán ruda ha sido la tarea durante el siglo cuyos dinteles estamos próximos á transponer! El génesis de nuestra organización se desarrolló entre dolores y lamentos, entre ruinas y luchas homéricas! Al recordar esas épocas de cataclismo se dibuja en la imaginación el tipo pujante de esos hombres,

que como jirones de tempestad, devastaron las ciudades y arrasaron la campaña. Ellos produjeron la anarquía sangrienta, es cierto, pero su responsabilidad no será tanta si la comparamos con la de esos compradores de voluntades y corruptores de conciencias, cuya única concepción de estadistas ha sido convertir la pesada máquina del gobierno en una especie de cilindro aplanador de caminos, para quebrar primero y hundir después los caracteres en el fango, y terminar, por fin, nivelándolo todo en la más oprobiosa de las uniformidades. Cuando en momentos de angustia vamos al sitio donde otrora encontrábamos el gallardo grupo de pensadores argentinos, lo hallamos casi desierto. Mientras se alzaron los altos robles impidióse su crecimiento, pues no era propicia la vecindad de su sombra para el desarrollo de los arbutos. Y una vez extinguidos, dieron muerte á sus retoños, para que nada ni nadie se elevara sobre la maleza! Siquiera en la obra destructora de los caudillos brilló el desinterés, relampagueó el heroísmo y surgió de sus escombros una raza fuerte de contextura democrática: mientras tanto, aquellos nada grande han producido, nada, á no ser la audacia de la concupiscencia y el vano estruendo de la mediocridad triunfante!

Pero no nos detengamos mirando hacia atrás, por que correríamos riesgo, ó de llorar sobre las miserias del pasado ó de enceguecer al contemplar el sol por-

tentoso de nuestra gloria; y el porvenir del mundo no será de los que lloran males irremediabiles, ni tampoco de los deslumbrados, sino de los pueblos viriles y progresistas que icen la gloria en el asta de su bandera para iluminar con ella el camino que ha de conducirlos á la conquista de otras mayores!

Movidos por un propósito semejante debemos lanzarnos en pos de un gran triunfo, porque será de los mayores de nuestra vida política el sentar en la silla de los grandes presidentes al elegido de nuestros corazones, cuyo elogio no pretendo hacer, pues son har-to conocidos sus merecimientos. Y bienvenidas sean las disidencias, porque el alma de la democracia es la contradicción cuando no la abroga el despotismo. Por eso deseo la lucha, porque ella engendra el entusiasmo, que debe ser el bautismo de fuego de los ungidos por el voto de la mayoría.

Pero si amo la lucha franca y noble, detesto en cambio la que se empeña con armas vedadas por la lealtad y la honradez. Por eso abomino de aquellos que no encontrando juntura vulnerable en la coraza de caballero y de hombre público de Roque Sáenz Peña, se ocultan en la sombra y atisbándole desde un escondrijo le dicen al pasar: general peruano. Sí, señores, ¡general peruano! porque fué uno de los héroes de Arica, porque derramó su sangre, y demostró en ese momento que los argentinos están siempre del lado de los débiles, como estuvieron con Chile y con el mismo

Perú, cuando hicieron tocar generala para acudir en su auxilio. Y nuestro pueblo, atraído por su irresistible superioridad, rodeó al gran capitán de América y los paisanos se convirtieron en soldados heroicos, y se improvisaron famosos oficiales, y pudo verse en los rostros de los jefes algo como un resplandor de la mirada de aquellos ojos por donde se asomaba el genio; y llegó el día de la partida y la perfecta máquina humana se puso en marcha, y trepó á la cumbre de los Andes, y se precipitó en su descenso como torrente impetuoso, y peleó, triunfó y arrojó para siempre los grillos y cadenas en los profundos abismos del Pacífico!

A propósito de este recuerdo decidme, si no sería renegar de tales hombres é insultar su memoria echar en cara á un contemporáneo ilustre que es ludibrio vestir el uniforme que vistieron San Martín y Necochea!

Pero algo más se ha dicho, pues se ha llegado hasta amenazar con vetos de naciones extranjeras. ¡Señores! ¿En qué tiempos estamos?... ¿Ha llegado acaso la hora de nuestra decadencia?... ¿O no es esta la nación del 25 de Mayo de 1810?... Pero, no. Os miro á vosotros, y mi ánimo se conforta porque veo nobles rostros de argentinos!

Se intentó también levantar en alto el peñasco de la cuestión con Chile para arrojarlo sobre Sáenz Peña, pero el peñasco al ser removido resultó una ficción,

porque estaba hueco, y elevándose como un globo, al rozar con la atmósfera se convirtió en un disco de luz, el cual fué á detenerse sobre la cabeza del Cristo de los Andes, y alumbró su faz de amigo de los hombres y sus brazos abiertos, para que con ellos se estrecharan, en abrazo fraternal y eterno, los que unidos combatieron en los campos inmortales de Chacabuco y Maipo!

He dicho.

---